

En los poemas que contiene su último libro, las cualidades de Rubén Darío parecen llegadas al grado perfecto de su gracia. Todo lo que en él es portentoso artificio retórico y lo que es savia lírica, ha tomado forma de un modo pulido y justo. «Los motivos del lobo», el «Pequeño poema de Carnaval», «La Cartuja», representan tres grados diversos de esa fusión entre lo imaginado y lo reconocido que en él tan íntima fue siempre. Junto a estos poemas, el «Canto a la Argentina», donde dice el poeta su visión ardiente de alucinado ante el presente y el futuro de la República que «...sangre universal absorbe para dar vida al orbe entero...», añade al principado lírico de Rubén Darío el título de poeta civil.

(*La Vanguardia*, 21-1-1915)

«Rubén Darío»

En un soneto perfecto dijo Rubén Darío que iba andando a tientas y sin rumbo, como un ciego: «ciego de ensueño y loco de armonía», porque ese era su mal soñar. Todo cuanto escribió nos parece ahora, cuando nos llega la noticia de la muerte del poeta, un comentario lírico a sus eternas divagaciones, a los caminos que siguió el pensamiento insaciable y audaz, a las rutas nuevas que abría su deseo de belleza. Toda su obra podría recogerse bajo el título de uno de sus libros: *El canto errante*. Su poesía señala una larga ondulación que lo comprende todo, excepto lo vulgar, lo mezquino y lo feo; hay en ella los espectáculos del mundo y los vagos paisajes interiores, reminiscencias de los bellos libros y ecos de los momentos más luminosos de la historia imaginaria que tiene sus héroes en Ulises y Don Quijote, Simbad el marino y Cyrano de Bergerac. Rubén Darío, cegado por su propio ensueño, por su visión interior que transforma las cosas en motivos y temas de inspiración, no podía detenerse en su camino; no podía comentar esa inspiración en un determinado momento ni en un tema dado, reuniendo en un vasto poema sus imágenes; sus composiciones parecen nacidas de una sola vez, por el impulso de un aliento amplio y potente en sus cantos más graves, en su «Marcha triunfal» o en su «Coloquio de los Centauros», o nacidos por la gracia de un instante luminoso, como el soneto de «Margarita» o «La bailarina de los pies desnudos». Su inspiración se dispersa y se mueve en sentidos contrarios, recordándonos siempre aquella feliz imagen de Juan Alcover: polen de flores tropicales y espuma de todas las corrientes del mundo.

Cuando se lee a Rubén Darío no se tiene la impresión precisa de leer en lengua castellana, como nos la da exactamente Antonio Machado; diríamos

que es el suyo un lenguaje que no advierte las diferencias esenciales de las fronteras, que recoge sonoridades de todos los idiomas, y resume en una armonía superior las sonoridades de toda la familia latina. Esta impresión hace más viva aún aquella sensación de irradiación e inmaterialidad de su poesía. Cada ejemplo de expresión poética se asocia en nuestra mente a un linaje de plasticidad; esa poesía sugiere la imagen del mármol tallado, esta obra el de una nube que se reposa en la blandura del aire. La poesía de Rubén Darío nos hace pensar siempre en la música. Es uno de los poetas que más han aproximado a la lírica melódica la articulación de las palabras. Las vocales y las consonantes, después las voces, y luego las frases se juntan y ordenan tanto por la ley de la sonoridad como por la ley del pensamiento. Hay poetas que expresan líricamente lo que podrían decir en prosa. Rubén Darío es el puro cantor.

* * *

Cantos de vida y esperanza, El canto errante, Canto a la Argentina; esos nombres de sus libros nos avisan de la naturaleza lírica de su autor. No somete las palabras al ritmo para cubrir de imágenes una disertación ideológica ni sus opiniones retóricas. No quiere enseñar nada ni desentrañar problemas profundos para el entendimiento. Quiere sólo decir el ensueño que le ha cegado, con balbuceos y obscuridades, o con una viva claridad en las alternativas continuas de su «locura de armonía», incompatible con la uniformidad y el orden. Su mal es soñar. Por eso el mal de su poesía está tan lejano de la realidad. No describe nunca lo que verían sus ojos en un esfuerzo de la atención, no copia los paisajes de la naturaleza, no imita las sensaciones de vida cotidiana. No describe; construye eligiendo elementos de mayor riqueza y perfección formal. Se compone a sí mismo la visión que es el reflejo de su sensibilidad. Y de este modo su poesía es como un círculo, nace de sí mismo y a sí mismo vuelve, sin que sienta la influencia de lo exterior, si no es purificado por un íntimo sentido estético que lo transforma y purifica. Las lecturas y las admiraciones han vertido en su espíritu una savia constantemente renovada; se ha agitado con todas las inquietudes y los cambios del momento en que ha vivido; las más contrarias influencias han llegado hasta él y han contribuido a su formación, pero siempre permaneció en su fondo un indomable instinto que era la virtud esencial de su poesía.

La veneración por Víctor Hugo se confundía con las enseñanzas del evangelio nuevo de Walt Whitman; la inclinación por las más raras creaciones del arte no ahogaba el recuerdo de la naturaleza salvaje de los Andes; sen-

tía la añoranza, un poco literaria, del siglo XVIII, y no desdeñaba la fiebre de los grandes centros ciudadanos. Lo comprendía todo, pero sólo aceptaba lo que era capaz de revestirse de una bella imagen. Y en este sentido, pudo parecer el poeta de los refinamientos y del gusto prolijo y difícil, cuando en verdad era un enorme poeta, limitado por su sensibilidad. Lo que su sensibilidad rechazaba no podía ser aceptado por su imaginación. Todas las cosas y todas las sensaciones se dividían en dos bandos definitivos: lo bello y lo no bello; es decir, lo digno y lo indigno de ser cantado.

Rubén Darío no fue un poeta que se encerrase en sí mismo despreciando lo que era ajeno, y se alimentase de sus propias imaginaciones. La misma infinita sed de ilusiones que él ha cantado le movía a la contemplación cuando se le ofrecía; pero supo vivir escogiendo sus sensaciones, y del mismo modo supo cantar arbitrando los elementos de su lírica.

Razón tuvieron los que afirmaron que no era Rubén Darío el poeta de América. No puede agregarse su nombre al de un país determinado, ni la significación de su obra puede ser incluida en ninguna escuela literaria. Como su expresión poética, su inspiración no tenía un fundamento nacional. Las influencias que incorporaron elementos dados a su libre originalidad eran también de distinto origen. Todo contribuyó a que Rubén Darío se librase de las clasificaciones geográficas como evitó su inclusión en ninguna de las tendencias admitidas. No fue parnasiano, ni impresionista, ni simbolista. Fue todo eso y algo más que todo eso, como todos los grandes poetas iniciadores de esas corrientes.

* * *

Si por su obra fue Rubén Darío un poeta universal, por su eficacia habrá sido el más alto maestro lírico de varias generaciones hispano-americanas. Su influencia en la evolución de la poesía castellana no puede ser aquilataada todavía. Su advenimiento señalará un período nuevo. Y más adelante, cuando se habrán extinguido las voces débiles de tantos poetas que se sostienen en Núñez de Arce y en Campoamor, como en dos columnas; cuando desaparezcan las voces de un método poético a base de locuciones hechas, será más clara y fecunda la enseñanza de Rubén Darío, que por mucho tiempo ha de perdurar. Ha convertido el lenguaje poético castellano en un lenguaje más articulado y preciso, ha enseñado las hondas virtudes musicales que guardan las palabras; ha descubierto en las formas tradicionales una capacidad no sospechada para la armonía.

Su obra contiene encerrado el «Arte poético» más abundante y profundo para quien sepa encontrar sus secretos. Rubén Darío ha muerto sin dictar

su teoría literaria a sus discípulos, pero les deja el ejemplo. O quizás creyó el poeta que no debía formularla, para que fuese mayor su virtud al ser descubierta. O tal vez era incompatible su temperamento lírico con cualquier sistematización forzada. Si nació su obra de su mal de soñar, de su deseo de hacer de su alma «una fuente sonora» y si ha confesado el horror de la literatura, mejor ha sido que su enseñanza quedara en la música de los versos que más en la razón de sus palabras.

Su poesía es como un canto de innumerables estrofas, de infinitos temas, para loar la diversidad de la belleza de las cosas del mundo y de la imaginación; canto que se retiene y reanuda, con el ansia de tiempo que dijo el poeta había en el fluir de su pluma, hasta que la muerte lo interrumpe. Pero en torno nuestro, en el aire tranquilo, todavía resuena con el eco de su nombre sonoro. Y al decir ahora: Rubén Darío ha muerto, vuelven a nuestra memoria los más claros momentos de su vida de poeta. «La salutación del optimista», «Letanías de nuestro señor Don Quijote», su «Divagación», sus sonetos, sus cantos al rey Oscar y a Cyrano, su invocación a los cisnes, su epístola a Madame Lugones y su maravilloso canto a la Argentina, confunden sus ritmos y sus imágenes en una vasta sinfonía verbal. Y aquel responso que él compuso a la muerte de Verlaine, pudiera repetirse, pudiera repetirse ahora, como un eco, como un responso a sí mismo.

(La Vanguardia, 16-II-1916)